

## **ADVIENTO. ESPERANZA**

Un nuevo Año Litúrgico se abre ante nosotros, y con él iniciamos nuestro camino hacia la Navidad. Nos movemos al encuentro de “Aquel que viene”.

El Adviento debe contemplarse e iniciarse elevando nuestra mirada, dejando atrás lo que es siempre pasado y fijando nuestros ojos hacia adelante, en el futuro, pues, después de Jesús, cada Año Litúrgico que comienza se llama y es “año de gracia”.

La Palabra de Dios a lo largo de estas jornadas del tiempo de Adviento nos conduce a reflexionar sobre muchos temas: la venida de Cristo, la espera, la vigilancia, el crecimiento y maduración personal, la necesidad de una vida cristiana sobria y comprometida. Pero conviene, sin dejar de afrontar todos estos temas, profundizar en aquello que los resume: el tema de la esperanza cristiana.

Con la ayuda del Espíritu Santo contemplemos esta espléndida realidad de la esperanza cristiana. En cierto sentido, como se ha llegado a afirmar, la esperanza es más meritoria que la fe porque es más exigente. No es gran cosa creer para quien no está ciego, visto como Dios resplandece en la Creación; pero esperar, esperar siempre, recomenzar a esperar después de la enésima desilusión, esperar que el día siguiente será mejor, después de que tantas veces ha sido peor, absorber todas las desilusiones más o menos objetivas como la tierra absorbe las gotas de lluvia, esto es verdaderamente grande y revela la omnipotencia de la gracia divina.

Se ha tratado de figurar la esperanza cristiana como un ánora de barco; esto es así desde la antigüedad, pero, quizás, no sea el símbolo más preciso, más adecuado; posiblemente sea más adecuada la vela. El ánora sirve para tener firme la barca en medio del mar; la vela sirve para empujarla y hacerla correr sobre el mar, hacia tierra firme, hacia la meta. La esperanza nos mueve; si no existiera, todo se detendría, incluso la fe y la caridad. Nadie siembra si no espera cosecha.

Seamos portadores de esperanza. La esperanza cristiana es una esperanza activa, llena de cosas que hacer durante la espera a la que nos abre el tiempo de Adviento; vigilar, estar despiertos y a punto, crecer en el amor, en las obras de misericordia a las que se nos ha sensibilizado en el reciente Año Jubilar; por ello, si nuestra esperanza proviene del Espíritu, será fermento y sal también de este mundo, será transformadora, por gracia de Él, de nuestras vidas.

En estos días de Adviento, María es nuestro gran modelo de como esperar. Ella, desde la confianza total en Dios, expresada en su “sí” a Él (Cfr. Lc 1,38), vio cómo crecía el Señor en Ella por obra del Espíritu Santo, se convirtió en su espera de madre en casa del “Emmanuel”, en la portadora humilde y llena de amor, de la salvación para todos nosotros.

Que Ella que esperó con amor de madre, que esperó en medio de oscuridades, apoyada en su confianza plena en lo anunciado por Dios, nos enseñe a esperar. Interceda por nosotros.

**✠ Jesús Murgui Soriano**  
Obispo de Orihuela-Alicante